



ALAGON.

**ADVERTENCIA.**

El retraso en que estaba la publicacion del SEMANARIO, por causas independientes de nuestra voluntad, y la circunstancia de haber repartido cuatro números en esta semana, por ponerle al corriente, ha hecho imposible la confeccion del índice, con la oportunidad debida para distribuirle hoy. Muy pronto repartiremos el *Índice*, portada y cubierta del tomo que hoy concluye.

Debemos advertir, para evitar equivocacion, que por un error de imprenta, se puso á los números 41 y 42 la fecha del 14 de Octubre, habiendo seguido por esta causa el retraso de una semana en las fechas, hasta el número 51, en que notada la equivocacion, se restableció la exactitud de la fecha. La numeracion, sin embargo, que es lo mas importante, está bien en todo el tomo.

**ALABONA.**

La antigua villa de *Alabona* (hoy Alagon) se encuentra situada á cuatro leguas de distancia de Zaragoza, por la parte del O. Ya fué tomada de los moros con el nombre de Alagon por el rey D. Alonso el Batallador en el año 1119; esto es, uno mas tarde de la conquista de Zaragoza por el mismo. Relata la tradicion, que habiendo observado D. Alonso una gran claridad en medio de las negras sombras de la noche, se dirigió al punto de donde al parecer el resplandor partia, acompañado de algunas de sus tropas, cuya luz les guió á la villa de Alagon; y habiendo llegado al castillo donde los moros estaban, hallaron dormidos los centinelas; así que no les fué difícil la entrada: de tal modo el espanto y turbacion se apoderaron de los infieles al ver dentro de sus muros á los cristianos, que se pusieron en precipitada fuga dejando una bandera, que hasta principios del presente siglo se ha conservado suspendida en la bóveda del altar mayor de la iglesia, erigida en el mismo sitio bajo la advocacion de Nuestra Señora del Castillo, en memoria del suceso, y cuya patrona es de la villa.

Alagon era villa de las que tenian voto en Cortes; y aun estas se

reunieron en ella mas de una vez. El dia 24 de Agosto del año 1156, tuvo lugar una entrevista en la misma, por los reyes D. Alonso VII de Castilla y D. Ramiro II de Aragon, á fin de ajustar ciertas diferencias que entre ellos existian: en ella convinieron que la ciudad de Zaragoza fuese restituida al señorío de Aragon, y que por D. Alonso quedase la villa de Alagon, Calatayud y demás pueblos que se hallan á la derecha del Ebro.

Hallándose el rey D. Jaime el *Conquistador* en la villa de Alagon el año 1224, trataron de apoderarse de su persona, el infante D. Fernando, D. Guillen de Moncada y D. Pedro de Ahones, persuadiéndole al efecto á que fuese á Zaragoza so pretexto de exigirle la tranquilidad del país.

En 1283 pasó á Alagon el rey D. Alonso III llamado el *Liberal*, descontento de las intenciones que los de la *union* habian manifestado en las Cortes de Zaragoza; pero deseando calmar aquellas turbulencias, volvió á convocarlas en dicha villa: tambien D. Jaime II el *Justo* celebró cortes en la misma. Antes de la muerte del rey D. Fernando el *Católico* acaecida en 1516, fué señalada como por prision al conde de Aranda y á 7 de Marzo del siguiente año fué en Alagon donde el arzobispo de Zaragoza ordenó su despacho á Antonio Moreno para pasar á Flandes, y suplicar al rey viniese á España. En 1525 fué la última poblacion en que residió el consistorio de diputados, que por la epidemia de Zaragoza estaba fuera de aquella ciudad. El 2 de Abril de 1767 la villa de Alagon fué testigo del mas solemne y delicado golpe de Estado que quizá se haya dado en España; debido á la sagaz política del rey de D. Carlos III, y á la no menos inteligente de su secretario el conde de Aranda, descendiente del que hemos hecho mencion. A las once de la noche sonó un clarín con voz preventiva, y dos alabanzos dados en la portería del colegio de padres Jesuitas resonaron con eco tembloroso en el interior de aquellos vastos y solitarios claustros y galerías: un destacamento de caballería habia rodeado el edificio y tomado todas sus avenidas: advertida y presente toda la comunidad, el jefe de la escolta intimó la rendicion al superior y demás subordinados en nombre del REY. Los motivos que pudieron inducir al monarca á medida tan rigurosa se ignoran: á lo menos sobre este asunto se hicieron

30 DE DICIEMBRE DE 1855.



muchos comentarios, aunque no sea difícil entrever las causas que lo produjeron. Los jesuitas fueron inmediatamente embarcados y deportados á Italia.

El acontecimiento mas reciente y digno de notarse acaecido en la villa de Alagon, tuvo lugar el 14 de Junio del año de 1808: roto el dique al sufrimiento del pueblo español con motivo de los tristes sucesos del memorable 2 de Mayo, Zaragoza habia sacudido tambien su yugo y puesto á las órdenes de su jóven caudillo D. José Palafox y Melci: noticioso éste de la derrota sufrida por su hermano el marqués de Lazan en la batalla de Tudela, salió el referido dia de Zaragoza con quinientos soldados de línea, varias cuadrillas de pañanos mal armados, cuatro piezas de artillería, sobre doscientos caballos del regimiento de dragones del Rey y varios gefes y soldados sueltos. Once franceses que fueron hechos prisioneros por los primeros que llegaron de Zaragoza, á la que fueron conducidos; lo que sirvió para escitar mas el entusiasmo de los españoles. El general Palafox arribó á Alagon sobre las once de la mañana en medio de aquella gente tan llena de buen deseo, y colocó en la izquierda de la villa los quinientos hombres de tropa, y los doscientos caballos: en el centro los pañanos con escopetas, sostenidos por otros emboscados en los olivares de la derecha: una de los cañones se puso en el puente de Jalon, dos en la Jarea (hera del pueblo), y el otro en las inmediaciones. Palafox se hallaba en las bóvedas de la iglesia de San Pedro, cuya elevacion le permitia dominar el campo, y desde donde daba sus disposiciones: observado por el enemigo, bien pronto dirigieron sobre aquel punto dos certeros tiros de bala rasa, cuyas huellas pueden verse hoy dia.

Los franceses venian en tres divisiones y por tres distintos caminos: los voluntarios españoles llevados de su entusiasmo principiaron el ataque, y las tropas de la izquierda sostuvieron el fuego con bastante teson, hasta que comenzó á obrar contra ellos la artillería y caballería enemigas: continuaba el fuego de las guerrillas, y al ver que las grandes masas no cargaban, sospecharon que podian cortarles la retirada, así que advertidos de este peligro en los momentos mas criticos, principió la dispersion á tiempo que los franceses casi se hallaban á las puertas de Alagon.

Desde este momento todo se convirtió en confusion y aunque se trató de retirar las piezas de artillería, ya era tarde; de modo que todo hubo que abandonarlo: los que pudieron ponerse á salvo apelaron á la fuga (incluso Palafox) tomando veredas hasta llegar á Zaragoza, jadeando y agoviado por la derrota y el cansancio, pero con sobrado aliento en el corazon. Los franceses luego que se desvaneció el muchedumbre, entraron en Alagon donde cometieron todos género de excesos, asesinando y robando cuanto pudieron haber á las manos. Así terminó aquel dia que no era mas que el preludio de la batalla llamada de las Heras, acaecida en Zaragoza en el inmediato dia 15, cuya heroica accion quedará grabada con letras de oro en las páginas gloriosas de la historia de nuestra independencia!

La villa de Alagon está situada en una espaciosa llanura entre la ribera derecha del Ebro, y la izquierda del Jalon y á distancia de una hora escasa de la grande obra llamada la muralla en el Canal Imperial, testimonio vivo del génio audáz del inmortal Pignatelli: alcanza un cielo alegre y una atmósfera sumamente despejada. Tiene una iglesia parroquial bajo la advocacion de S. Pedro Apostol, siendo su fábrica de arquitectura gótica, además hay la de S. Antonio el Real, patrono del pueblo, la cual padeció muchísimo durante la dominacion de los franceses, y perteneció anteriormente al estinguido colegio de PP. Jesuitas. La de la Virgen del Castillo, patrona igualmente de la villa desde tiempo inmemorial sostenida por una cofradia de hidalgos: Habia un convento de PP. Agustinos y otro de religiosas franciscas: el primero se cerró cuando la esclaustracion en 1835, y el segundo ha sido últimamente abandonado por las monjas que habia en el número de seis, con motivo de la reduccion de estas órdenes mandadas por el gobierno, habiendo preferido el dejarlo espontáneamente, á verse en la necesidad de admitir en su seno otras compañeras de religion, ó ser ellas mismas trasportadas á otro convento.

A los vecinos de Alagon se les suele llamar por los de los pueblos inmediatos, *los del Salmon* por un chascarrillo asáz curioso, que dicen sucedió en esta villa, aunque nadie fija la época en que tal acaeciese. Cuantan que habiendo llegado á la posada un arriero con dos cargas del referido pescado, en ocasion que en Zaragoza escaseaba este género de comestible, á los de Alagon se les antojó el probarlo á toda costa: al efecto hicieron al arriero abrir una de las cargas, y despacharla, obligándose los de Alagon á pagarlo al precio mas elevado que en Zaragoza se vendiese. Al dia inmediato marchó el arriero á la capital, y contando su cuita en la plaza y llegado á noticia del regidor que se hallaba de semana en el peso, este hizo que el arriero vendiese una onza de Salmon, teniendo la humorada de abonar por ella una onza de oro en una pieza. El arriero vendió muy pronto á buen precio la carga y tomando el correspondiente testimonio de cómo en

Zaragoza se habia pagado la onza á 520 rs., marchó por la tarde á Alagon, donde se presentó con su documento en regla reclamando á igual precio el valor de la carga que habia dejado (que por cierto pesaba algunas arrobas). Aquí fueron los apuros de los de Alagon, que como al presente no tuviesen para satisfacerle, convinieron en darle cierta cantidad y se obligaron á pagar un censo anual con lo que el arriero quedó satisfecho y volvió contento á su casa.

Este cuento, asi como el del *barbo* de Otebo, la *Salsa* de Villamayor, la *balsa de la culada* en Almodobar y otros se ha conservado hasta nuestros dias, y nosotros asi lo trasmitimos deseosos de distraernos un rato y emborronar unas cuantas líneas en las páginas de SEMANARIO.

## EXTRACTO DE UN ENSAYO INÉDITO

SOBRE LA SÁTIRA LATINA.

*Sátira quidem tota nostra est*, dijo Quintiliano, envanecido de encontrar por fin un género de poesia nacional entre sus compatriotas. Y en efecto, aunque el espíritu satirico haya sido propio de todos los tiempos, no se ha aplicado á las letras bajo la forma concreta de la *sátira*, hasta que estuvo bien avanzada la civilizacion de Roma. Y un es de notar que despues de Juvenal, rebasó otra vez del cauce latino, despárramindose al llegar á los tiempos modernos en multitud de ramificaciones, en poemas como la *Durna Commedia*, en drama como el *Hipócrita*, en novelas como el *Quijote*, en tanto que Boileau, Pope y los demas secuaces de la tradicion romana, los que pretendieron conservar limpias de toda contaminacion las máximas escolásticas, solo acertaron á producir juguetes académicos sin importancia social ni influencia de ninguna especie. El autor de las *instituciones* asentó, pues, una verdad todavia mas absoluta que él presumia. La *sátira* es produccion de Roma que tiene sus gérmenes en Grecia y se pierde en la edad moderna, como un rio que formado de diversos manantiales, recorre majestuosamente su camino y toca su término, mezclándose con las aguas del Océano.

Acotado de esta suerte el terreno, cumple á nuestro propósito parangonar los tres satíricos latinos cuyas obras se conservan íntegras, á saber: el muelle Horacio, el rígido Persio y el impetuoso Juvenal á quien sus mismos contemporáneos (los envilecidos súbditos de los siete últimos Césares), aplicaron el honroso sobrenombre de Juvenal *il Eleuco*. Así averiguamos cuál de ellos correspondió mejor á las necesidades de su época y á exigencias del género en que trabajaba.

Mas, ya que no entremos á definir cuáles sean estas, detengámonos primero á fijar bien su importancia moral, puesto que si la *sátira* goza el privilegio de interesar, y conmover al público mas hondamente que ningun otro escrito, es objeto de prevenciones injustas, y tiene la triste compensacion de escitar el menosprecio ó el descono contra sus autores.

Hombres de buena voluntad, que se ruborizarían de baldonar los mas escandalosos estravios de la especie humana, presumen de hacer gran servicio á la sociedad denostando á los escritores satíricos. Anticipase á todas las protestas el anatema de las almas cándidas, el estupor de los corazones fácilmente asustadizos. Para ellos el acto de desenmascarar el vicio solo corresponde á la vil mordacidad, quien tal hace, ó es un ente venenoso, casi penable por los tribunales, ó un ser degradado aunque útil, á la manera de los ejecutores de justicia.

Tímidos y benévulos, ellos son los que preparan la atmósfera para el alborotador clamoreo que contra la *sátira* va propagándose de siglo en siglo.

Acordaos de la hija de Licambo, dicen sinceramente alarmados. Ofendió el amor propio de un hombre con su honesta esquivaza; pero era poeta ese hombre y esgrimió en venganza sus armas formidables. Vuela el jambo arquelóquico de boca en boca, y en medio de la general algazara, precipita en el suicidio á la infortunada doncella y á su padre.

Ved al divino Sócrates vertiendo entre la juventud los benéficos gérmenes de su moral que ennoblece el espíritu y purifica el corazon. Pero allá en el Acrópolis de Atenas se congrega la gente á presenciar muy diverso espectáculo: la mano de Aristófanes, sangrienta y juguetona como la del tigre, arrastra allí á la vergüenza al venerable maestro, lo revuelca en cloacas inmundicias, y los espectadores se rien. Entonces cae Sócrates en manos de sus jueces y bebe la cicuta.

A favor de este pánico, asoman despues todos los que ven en la *sátira* un dique opuesto á sus demisias; vienen detrás los sacrilegos que profanando el arma vengadora de la justicia, la convierten en instrumento de sus bastardos propósitos. Pueblan los unos en diñino



enjambre el campo que personas timoratas les dejan franco; y el jático de Némesis que solo debieran blandir manos generosas, oscila empuñado por la perversidad y la locura. Los otros, los que á la malicia reúnen la impotencia, atizan con hipócrita grito la indignación común, vomitando denuestos contra el arma que les hiere.

—Temednos como á la peste, claman los unos. Estraviaremos, si nos place, á la sociedad hasta conjurarla en vuestro daño; si, os acosaremos con el azote, hasta que vengados de la desesperación, os entreguen vosotros mismos al brazo de las furias. Cuenta con acatar nuestros caprichos. Recordad las palabras de un hombre que lo entendia, «Nadie es feo, si tiene buenos dientes.»

A lo cual contestan la maldad impotente y la candidez rutinaria con nuevos y mas desaforados alaridos.—¡Hé ahí á los autores de sátiras! ¡Todos son lo mismo!...

¿No predicó Horacio la cobardía, no escandalizó los oídos cautos y enseñó la molicié? ¿Perdonó siquiera á su antecesor y maestro Ennio?

¿Y Périco, el que se envanecía de su virtud, no se atrevió á hacer escarnio de los defectos corporales? ¿No aduló Marcial en cambio al despreciable Domiciano? ¿No vilipendió Cesto al culto Cicerón, y Amer al delicado Virgilio?

¿Qué objeto respetable se ha salvado de sus diatribas? el mismo Milton ¿no mojó en biél la pluma para zaherir á un rey infortunado? ¿No se han hecho sátiras contra los Papas? ¿No compuso Aretino sonetos contra las santas indulgencias? ¿No encubrió otro con el título de la *Cristiada* un inmundo poema?

La sociedad rechaza á esa gente de su seno.

Buscad en la historia la huella dejada por los individuos de tan ponzoñosa y abominable secta. Sin salir de Grecia, vereis unos asesinados (1) otros muertos de hambre (2), otros lanzados al mar (3), otros privados de la vista (4), otros cepeñados (5), crucificados, apedreados ó quemados vivos (6).

Atenas misma proscribió las comedias de Aristófanes; Roma en los primeros albores de su cultura, suprimió los versos femeninos. No hay pueblo medianamente legislado que, si consiente el ejercicio de la sátira, no lo sujete á una inspección gubernativa y á una corrección penal, como las mas viles y peligrosas profesiones.

¿Qué mas? Al tratarse de la sátira, se ha dejado de juzgar al escritor por sus obras, buscando en razones personales y bastardas la explicación de su conducta. ¿Podía formular el autor alguna queja contra la naturaleza ó la sociedad? ¿Gran descubrimiento para negarle competencia y buena intención! ¿A qué atribuir sino al despecho y á la envidia las frases de dos miserables libertos, como Horacio y Juvenal de un artesano, como Teofrasto, de un vil cómico como Moliere? ¿Qué benevolencia podía tener para el género humano un contrahecho como Esopo, un ciego como Milton, un eunuco como Boileau, un manco como Cervantes, un zambo como Quevedo, un estevado como Pope, un cojo como Bron?

No descenderemos á repeler citas con citas; no nos empeñaremos en la refutación de solísticas acusaciones que tenemos haber espuesto con harta prolijidad. A los que disputen á la sátira su derecho de existir y comprendan cómo una noble indignación puede hacer versos, les presentaremos el cuadro siguiente.

Cien años permaneció tendido sobre el mundo el cetro de hierro de los emperadores romanos conocidos con el nombre de los doce Césares. No existe en memoria de hombre un periodo de tan portentoso abatimiento, una muestra tan palpable de los extremos á que puede llegar la naturaleza humana por las vias de la corrupción como aquella ominosa época.

Julio César habia dominado por el prestigio del talento y de las armas. Su sucesor Augusto, el primero que osó arrojar de por vida la dignidad imperial, quiso asentar su mando sobre mas vulgares bases, é hizo de la *habilidad* y la *seducción* sus dos medios de gobierno. Ganó en ello el mundo una *paz octaviana*; pero perdió los restos de su malparada dignidad porque á la opresión se añadió el envilecimiento. Al peso de la espada se unió el de las cadenas; la sangre se mezcló con lodo. Muerto Augusto, fructificó el terreno por él preparado; pues no hay ejemplo en la historia de haberse malogrado jamás la germinación de vicio las semillas; solo las convulsiones producidas por el exceso del mal en pueblos enfermos, tienen fuerza suficiente para obligarlos á administrarse el remedio.

(1) Aleco por orden de Pitaco; Eúpolis el cómico que murió á manos de Aleciades.

(2) Anaxandrides.

(3) Sócrates.

(4) Stesichores, segun algunos.

(5) Esopo.

(6) Zúlo.

Así es que en tiempo de los Domicios y de los Flavios, el pueblo romano, cuna de la libertad y emporio de la civilización, yacía sumido en la peor de las esclavitudes y en la mas repugnante de las barbaries; cuerpo decrepito, estragado, reducido á la idiotéz por el abuso de los deities, habia caído al nivel del embrutecimiento primitivo. Al pasar la vista, á distancia de mil ochocientos años por los fastos de aquellos reinados, embarga el ánimo una impresión de estupor que ni da tiempo al estudio ni concede siquiera campo á la mera inteligencia de los sucesos. Un sentimiento de invencible repugnancia es cuanto hoy dejan tras si las admirables páginas de Tácito y de Suetonio. Se ha perdido la clave de aquellos dramas cruentos y nauseabundos: no tiene el hombre cristiano y civilizado del siglo los suficientes puntos de contacto con tan singulares personajes para explicarse su fisonomía. Semejante á un cadáver sometido á la acción galvánica, la sociedad cesárea nos ofrece un espectáculo fuera de los terrenos naturales, una serie de actos contradictorios, una amalgama de vida ó muerte, de afirmaciones y negaciones, llena de horribles contrastes.

Allí la inmortalidad llevada á sus últimos límites en las altas regiones del estado es igualada por la inmortalidad de las clases inferiores; la mas vergonzosa degradación se pone al servicio del mas desenfrenado despotismo, y nunca se pudo decir con testimonios mas irrefragables que los gobernantes de un pueblo son en todos tiempos dignos de sus gobernados; que son tan buenos ó tan malos como la sociedad en que viven los merece. Basta recordar que, aunque después d'asesinado, monopolizó Neron por largo tiempo las simpatías de la gente romana, y que el prestigio de su nombre dió sucesivamente aliento á tres impostores para reclamar el imperio á favor de una semejanza de facciones con el tirano difunto; triple evocación del sepulcro y muestra de amor póstumo que solo ha obtenido hasta ahora Neron el incendiario, el adúltero, el incestuoso, el esopo y la esposa de sus esclavos, el sacrilego, el parricida.

Dijérase que la naturaleza misma, contagiándose con la universal corrupción, tomaba interés en la partida y multiplicaba sus fuerzas para producir monstruos, pues exceptuando á Othon, Vespasiano y Tito, apenas es lícito dar el nombre de humanos á los extraordinarios seres que fueron trasmitiéndose la diadema de los Césares desde Tiberio hasta Domiciano. Cuando el puñal atajaba los desmanes del uno, se encontraba ya dispuesto en el Capitolio, en el foro ó en el Campo pretoriano un sucesor capaz de igualarle ó sobrepasarle; si quiera fuese cogido al acaso, siquiera al buscar monarca, se le encontrase oculto bajo un mueble, como aconteció con Claudio. Muerto Tiberio, hubo un Calígula que lo reemplazara y á mayor abundamiento, Neron nació á los nueve meses; como si la tierra no hubiera querido holgar en la procreación de otro tirano tiempo mas largo que el que necesitó una mujer para llevarlo en su seno.

En medio de aquella atmósfera de sangre y podredumbre se vive con la frivolidad y el descuido propios de pueblos cuya máquina de gobierno funciona con cabal concierto; los mas feroces asesinos son los mas afeminados; aquellos mismos que insultan diariamente la naturaleza y prostituyen la dignidad humana, llevan al mas subido punto ese amor á lo bello que enaltece el alma y suaviza las costumbres. Todo es discorde, disparatado absurdo. Hay un senado que eleva la lisonja al nunca visto grado de la amenaza, ordenando en términos airados al príncipe lo que sabe que el príncipe desea. Hay varones virtuosos que se suicidan, maldiciendo la tiranía, y á hacerlo legán al tirano sus cuantiosos bienes. Las causas y los efectos se presentan siempre en tan abierta pugna, y es para desesperar de las reglas comunes del raciocinio, el palpar de tal manera su insuficiencia para conducir al conocimiento de los hombres y de las cosas.

La encanecida cabeza de Tiberio, el lojuro, es hermosa, venerable, augusta, cuando se corona de laurel; su voz, cascada por la edad, suena dulce y armoniosa cuando ordena una ejecución ó encomienda á suslictos el rapto de alguna doncella. Neron no es una fiera, sino un artista: por amor á los grandes espectáculos incendia á Roma y canta mientras Roma se hunde; por culto á las formas bellas desnuda el cadáver de su madre y se ceba en la contemplación del vientre que le dió la vida. Claudees un imbécil, pero adora la severa belleza de la musa histórica; es un cobarde, pero ejercita su pluma en escribir las azañas de Anibal (Suel); no tiene amor á la sangre, pero á fuer de príncipe arqueólogo, mata á sus súbditos por el deseo de renovar suplicios que han caído en desuso. Y para cerrar esta asombrosa serie viene Domiciano, enemigo de los músicos, de los poetas, de los matemáticos, de los filósofos, y de los astrólogos á quienes proscribía; de los historiadores á quienes crucifica; enemigo de todo ser que escribe ó habla, salvo á los delatores á quienes declara sagrados: Domiciano, que prohíbe llorar; que se hace dar gracias en pleno senado por cada muerte que dispone; que ocupa sus ocios en taladrar moscas con un punzon; ente inesplicable, obedi-



solo á la voz de su estúpido egoísmo, y que sin embargo depone su tétrico ceño cuando ve de lejos un niño, le atrae á su lado, gusta de darle formales consejos, y parece rivalizar con él en la sencillez de sus afecciones y en el candor de sus palabras.

A vista de tanto desquiciamiento se sobrecoje el alma como ante la contemplación del caos; solo se comprende que es necesaria una voluntad mas que humana para crear el orden en tan universal perturbación. Entonces el pensamiento se levanta á Dios y los espíritus religiosos prorumpen en cánticos de adoración mas fervorosos que nunca, recordando cuán á punto se dignó el Salvador ofrecer á nuestra náutiga raza el puerto de su celestial doctrina.

¿Hay por ventura un corazón entero y amante de lo bueno que no hierva en sentimientos de cólera, de dolor y hastio; allí donde aparecen la maldad triunfante y la humanidad ultrajada? Ese es el único que puede, sin inconsecuencia, negar su origen legítimo á la sátira.

Si á tan larga distancia nos arranca todavía palabras de indignación el espectáculo de una sociedad pervertida, con doble razón deberemos honrar á los que, respirando sus infectos miasmas y condenados á morir en medio de ellos, no solo supieron preservarse del comun contagio, sino que arrostrando positivos peligros tuvieron valor para formular contra esa sociedad elocuentes protestas.

Y en cuanto á lo demás, ¿puede el abuso de un género literario significar nada que lo haga inaceptable? Ningun poeta inepto ó mal intencionado ha conseguido hasta ahora la *Eliada* ni la *Enéida*.

Que hombres bajos y cobardes se han servido de la sátira para torcidos fines, es una triste verdad. Pero si rasgos de valor y altos ejemplos de moralidad hacen falta para abonar el género, desafiámos á que se cite algo capaz de destruir la enérgica y satírica elocuencia del hecho siguiente:

Había escrito Anaxarco no sabemos que invectiva contra Nicoreonte de Chipre, y el tirano le daba tormento.

—Desocúpate cuanto quieras, clamaba el filósofo; no por eso quebrantarás mi alma.

—Calla ó haré que te saquen la lengua.

—No harás tal cosa, afeminado!

Y cortándola Anaxarco con sus propios dientes; se la escupió á la cara.

EDUARDO GONZALEZ PEDROSO.

## RICARDO DIGBY,

LEYENDA AMERICANA POR NATHANIEL HAWTHORNE.

(Conclusion.)

Sea como quiera, Ricardo Digby estaba contento con su caverna sepulcral. De tal manera amaba aquella mansion simpática, que en lugar de ir á beber á la fuente, apagó la sed con las gotas de agua que sudaba la bóveda, y que, á caer fuera de su boca, se hubieran convertido en piedrecitas. Para un hombre predispuesto á la petrificación del corazón, aquel licor era muy mal sano. Sin embargo, pasó allí tres días, manteniéndose con hierbas y raíces, bebiendo su propia perdición, y juzgando tan horrible género de vida, casi igual á la felicidad celeste, casi superior, porque en el cielo los ángeles se la hubieran turbado. Al fin del día tercero estaba sentado á la boca de su habitación, leyendo la Biblia en voz alta, porque nadie podía aprovecharse de su lectura, y leyéndola á tropezones, porque los rayos del sol de Occidente no podían llegar hasta las páginas del sagrado libro. Pero de repente una débil claridad cayó sobre el libro, y levantando los ojos Digby, vé una joven en pie á la entrada de la caverna, y su vestido bañado por los rayos del sol, parece que brilla con una claridad que le es propia.

—Buenas tardes, Ricardo. Desde muy lejos vengo á buscarte.

Ricardo Digby reconoció al punto la gracia esbelta y la dulce amabilidad de aquella joven. Llamábase María Goffe, y los sermones de Ricardo la habían convertido en Inglaterra, antes de entregarse al exclusivo fanatismo que pesaba sobre él ahora como una mano de hierro, sin que ningun otro sentimiento pudiera hacer en su corazón. Al partir el peregrino para América, ella se había quedado en el hogar paterno, pero había sin duda atravesado el Océano detrás de él, impelida quizá por la misma fé que hizo emigrar á tantos otros, y quizá también por un amor tan santo como esta fé. Y había sido necesario el amor unido á la fé. Para sostener aquella frágil criatura en su viaje á través de la selva, con su cabellera dorada que se enredaba en las ramas, y sus pies injuriados por las espinas. Por fatigada que estuviera, á pesar del horror que le causó aquel antro, contemplaba al solitario con aire lleno de dulzura y compasión, con el aspecto con que

miran los ángeles á un mortal afligido. Pero Ricardo, frunciendo el ceño, le hizo un signo para que se retirara.

—¡Véte! exclamó, yo estoy santificado, y tú eres una pecadora. ¡Véte!

—O Ricardo, dijo ella con voz suplicante, yo he hecho este penoso viaje porque he sabido que te ha atacado el corazón una enfermedad grave, y un médico muy sabio me ha comunicado el medio de curártela, y no hay otro remedio que el que te traigo. No me despidas, pues, no rechaces mi medicina, porque esta triste caverna sería tu sepultura.

—¡Véte! replicó Digby con aire amenazador. Mi corazón está en mejor estado que el tuyo. Déjame, criatura terrestre, porque el sol vá á ocultarse, y cuando no llega la luz á la puerta de mi caverna, comienza mi oración.

Por grande que fuera la fatiga de María Goffe, no pidió ella abrigo y protección á aquel hombre de corazón de piedra; no, nada pidió para sí misma. Su celo no tenía otro fin que el bien de Ricardo.

—¡Vuélvete conmigo! le dijo ella juntando las manos, vuélvete al lado de tus semejantes, porque ellos te necesitan, y tú los necesitas á ellos diez veces. No te quedes en este antro, porque el aire es aquí glacial, la humedad mortífera, y quien quiera que muera en este sitio, no hallará jamás el camino del cielo. Sal de aquí, sal por el amor de tu alma, porque ó esta bóveda vá á desplomarse, ó alguna otra destrucción te amenaza.

—¡Mujer perversa! respondió riéndose fuertemente, (porque sus instancias escitaron en él una amarga alegría) yo te digo que el camino del cielo pasa directamente por el estrecho portal en que estoy sentado. Y en cuanto á la destrucción que anuncias, no amenaza á esta bienaventurada caverna, sino á las habitaciones de todos los mortales que pueblan la tierra. ¡Véte muy pronto á fin de que recibas la parte que te toca!

Diciendo esto, volvió á abrir la Biblia, resultó á apartar sus pensamientos de aquella niña, hija de la cólera y el pecado, y á no consumir por ella un soplo de su santa vida. En esto, la sombra era tan densa en torno suyo, que se equivocaba muchas veces leyendo, y cambiaba las palabras de misericordia en anatemas de venganza contra toda criatura, excepto él mismo. Entre tanto, María permanecía apoyada en un árbol junto á la caverna, llena de tristeza, pero con cierta cosa celestial y etérea mezclada á su dolor. Todavía la hacia resplandecer el sol de Occidente, y reflejando débilmente su luz en el oscuro antro para revelar tinieblas tan terribles, que la joven temblaba por aquel que lo había escogido para su morada. Despues, observando era límpido manantial que se hallaba cerca, corrió á él y cogió agua en una taza de corteza de abedul. Algunas lágrimas cayeron en la taza, dando quizá toda su eficacia á la poción. María volvió á la entrada de la caverna y se arrodilló á los pies de Digby.

—Ricardo, le dijo con calor y dulzura juntamente, te suplico por tu esperanza del cielo, y si no quieres permanecer siempre en esta tumba, que bebas de esta agua santificada, aunque no sea mas que una gota. Despues déjame sentar á tu lado; juntos leeremos una página del libro sagrado; por fin, arrodillate á mi lado, y oremos los dos. Haz esto, y tu corazón de piedra se volverá mas tierno que el de un niño de pecho, quedando todo bien.

Pero Digby, á quien esta proposición había horrorizado, arrojó la Biblia á sus pies, y miró á María tan fija y sombríamente, que parecia su mirada la de una estatua, trabajo de algun escultor melancólico que se hubiera propuesto reproducir en una figura humana el triste estado de su imaginación. Y á medida que la mirada de Ricardo tomaba un tinte mas diabólico, María se ponía mas afligida, mas dulce, mas compasiva, mas semejante al ángel del dolor. Pero cuanto mas celestial era su aspecto, mas odiosa le parecia á Digby, que levantó por fin la mano y derribó la copa de agua santificada, rechazando así el único remedio que hubiera podido curar su corazón de piedra. Un suave perfume llenó por un momento la atmósfera, y se disipó un instante despues.

—No me tientes mas, mujer maldita, exclamó con su acento de mármol, ó haré contigo lo que con la copa! ¿Qué tienes tú que ver con mi Biblia?... ¿En mis oraciones? ¿En mi cielo?...

Apenas pronunció estas terribles palabras, cesó su corazón de latir.

Respecto de María Goffe, la leyenda dice que se desvaneció con los últimos rayos del sol, y que subió desde la caverna sepulcral al cielo. Porque hacia muchos meses que María Goffe había sido enterrada en Inglaterra. ¿Era su sombra la que visitó aquel bosque salvaje, ó bien un espíritu, tipo de la religion pura?

Cerca de un siglo mas tarde, —la selva, impenetrable en tiempo de Ricardo Digby, hacia largo tiempo que estaba sembrada de colonias, — los hijos de un granjero de las cercanías jugaban al pié de la colina. A causa de las desigualdades del terreno, los árboles no habían sido nunca cortados en su cima, y tan espesos estaban, que apenas deja-



ban ver algunas prominencias peladas. Un muchacho y una niña jugando al escondite con sus compañeros, habían penetrado hasta el sitio mas sombrío, donde no solo los negruzcos pinos, sino un monton de plantas rastreras impedían penetrar mas que mediana claridad al mediodía, reinando el resto del día una oscuridad casi completa. Allí se habían ocultado los muchachos, gritando y repitiendo sus gritos á intervalos hasta tanto que los que los buscaban, llegando y separando el follaje, dejaron entrar una dudosa claridad. Pero al mismo tiempo dieron un grito de terror simultáneo los muchachos, y bajaron á todo correr de la colina, dirigiéndose á casa sin volver á mirar por segunda vez el objeto que los asustó. Su padre, no pudiendo comprender lo que los había aterrorizado, cogió su hacha, derribó uno ó dos árboles, arrancó las plantas rastreras, y sacó á luz el misterio. Había descubierto la entrada de una caverna semejante á un sepulcro, en el que había sentado un hombre, cuyo gesto y actitud mandaban retroceder; su rostro tenía la espresion de una amenaza implacable.

Aquel personaje áspero parecía cortado en la piedra oscura que formaban las paredes y la puerta de la caverna. Despues de un atento xámen se descubrieron defectos que hacían dudar si era realmente una estatua, producto del arte, un poco maltratada por el tiempo, ó un capricho de la naturaleza, que había querido imitar en piedra su obra de carne. La idea menos extravagante sugerida por aquel extraño espectáculo, era quizá esta, que la humedad rezumada poseía una virtud petrificante que había contribuido á conservar en tal estado aquel terrible cadáver.

Había cierto no se qué horrible en el aspecto de aquel hombre de piedra, que el grangero, una vez repuesto de la fascinación que sufrió de pronto, comenzó á amontonar piedras á la entrada de la caverna. Su mujer, que lo acompañó, unió sus esfuerzos en los de su marido. Hasta los niños se acercaron cuanto les permitió el miedo, y con sus manecitas llenas de guijarros, aumentaron la obra de sus padres. Los intersticios se taparon con tierra, y todo fué cubierto de céspedes.

Así desaparecieron todos los vestigios de aquel descubrimiento. Solo quedó una leyenda maravillosa, cada vez mas singular, conforme pasaba de generacion en generacion, de tal modo que pocas gentes creen hoy en la existencia de una caverna y una estatua donde no se vé mas que una pendiente llena de céspedes en el costado de la sombría colina. Sin embargo, los ancianos se apartan de aquel paraje, y los niños no van ya á jugar en él. Que la amistad, el amor y la compasion, y todas las simpatías del cielo y de la tierra se mantengan lejos de aquella caverna escondida, porque ella es y será siempre, á no ser que un terremoto haga desplomar la bóveda sobre su cabeza, la mansion de Ricardo Digby, en la actitud de un hombre que repele á toda su raza, no lejos del cielo, sino de la horrible soledad de su frio y sombrío sepulcro!

### EL CALDERERO DE PUERTA-CERRADA.

Hay en Madrid una puerta que nunca se abre ni se cierra por la sencilla razon de que no es puerta, lo cual no impide que lleve el nombre de puerta, y lo que es mas, de Puerta-Cerrada.

Verdad es que para esto de puertas sin puertas no hay otro Madrid en el mundo, pues e esta además de la susodicha Puerta-Cerrada, otra que se titula Puerta de los Moros, sin que se encuentre por allí señal alguna de puerta, ni de moros, aunque hablando francamente, tampoco tienen las majores trazas de cristianos los que frecuentan aquel sitio; y despues de la Puerta de los Moros, ó si se quiere antes que esta y que Puerta-Cerrada, goza de cierta celebridad la Puerta del Sol, que tiene tanto de puerta como de ventana. Las tres indicadas puertas son tres plazas irregulares que se diferencian tambien por la rueda de habitantes á que sirven de eje cada una.

No hablaré de la Puerta del Sol, porque ya lo ha hecho mi amigo D. Antonio Flores. En cuanto á la Puerta de los Moros, diré que es un punto inmediato á la Plazuela de la Cebada, donde está el mercado mas abundante de la capital, y esto basta para deducir la clase de habitantes que debe abrigar en su seno y en sus inmediaciones. Una observacion haré aun que puede darnos luz acerca de la etimología del nombre que lleva dicha plaza llamada Puerta de los Moros. No lejos de dicho punto hay un barrio solitario como el desierto, sitio como un pantano, y de tan difícil tránsito por la desigualdad del terreno que ocupa como cualesquiera de los mas escarpados lugares del monte de San Bernardo. A este barrio se le conoce con el e traño nombre de la Morería, lo cual indica el origen árabe de aquella parte de Madrid que debia terminar en la plaza ó Puerta de los Moros. Lo mas que sobre este particular puedo yo decir, es que si dicho barrio no estuvo habitado por los moros, fué el asilo de los moriscos hasta

su espulsacion en tiempo de Felipe III. No será, pues, una extravagancia el suponer que allí donde había una puerta se hizo una plaza para dar mas ensanche á la población, y que dicha plaza conservó como el barrio de la Morería, la denominacion alusiva á la desgraciados moriscos, que despues de abjurar la religion de Mahoma, fueron lanzados por un rey Católico á las costas africanas, donde los degollaban por haberse bautizado. Lo que ayuda á probar mi asercion es que todo el barrio, de que la Puerta de los Moros puede considerarse como centro, es acaso el mas industrioso de la capital, como si sus actuales moradores representasen la actividad tradicional de los moriscos, los cuales, segun la historia, suscitaron la persecucion de que fueron victimas por su laboriosidad. Allí, como he dicho, está el gran mercado de la Plaza de la Cebada; allí cerca se halla el Rastro, de cuya industria solo se tiene un remedo en el Temple de Paris; allí, no muy distante, en fin, está Puerta-Cerrada, donde vivia la notabilidad que sirve de epigrafe y de asunto á nuestro articulo presente.

Puerta-Cerrada es el centro de otro laboratorio industrial; allí están generalmente los comercios de obras metálicas, desde el humilde clavo hasta el brillante perol: desde el cuchillo como á la afilada lanceta; desde las tijeras mas ordinarias que puede usar un esquilador, hasta las mas delicadas que puede desear una remilgada bordadora. Así, ya se sabe, el que quiere comprar en España buenos cuchillos, buenas tijeras, buenos clavos, buenas herraduras ó buenos calderos, en arga estas cosas á Madrid, y no solo á Madrid, sino á los comercios de Puerta-Cerrada. Allí es donde naturalmente debia residir y residia el personaje de que voy á decir algo, y hablo en pretérito porque el sujeto en cuestion murió hace ya mas de doscientos años.

¿Quién era este hombre, este calderero, esta persona que á pesar de su humilde condicion suscita todavia un recuerdo al cabo de doscientos años, atravesando por decirlo así el dintel de ese templo de la inmortalidad á que vanamente aspiran muchos otros ayudados por las alas de un elevado nacimiento? ¿Acaso el talento de hacer buenos calderos vale la pena de lanzar un nombre á la posteridad? Sin duda alguna se puede contestar afirmativamente, si el mencionado calderero hubiese trabajado el laton con tanto primor como el señor Manolito Gazquez el de Sevilla, de quien voy á referir una anécdota.

Parece que en cierta ocasion paseaba cierto personaje á caballo por las calles de Sevilla sin hallar obstáculo alguno á su paso, hasta que llegó á la puerta del señor Manolito, donde el caballo, árabe por mas señas, se detuvo de repente como si hubiera encontrado una barrera. Icabá el caballero, y sacudia el látigo de lo lindo sin que su caballo quisiera dar un paso, y sin que él pudiera explicarse la razon de este raro fenómeno; visto lo cual por el señor Manolito, salió á la puerta de su casa, quitó un velon que tenia de muestra, dirigió al caballero la palabra en estos términos: «Pase su señoría» y el caballo pasó inmediatamente.

¿Por qué pasó el caballo luego que había desaparecido el velon? Porque el velon tenia entre otros adornos un leon de bronce tan bien hecho, que sin duda el caballo debió tomarlo por un leon del desierto, y esto es lo que le impedía pasar adelante. «Ya se ve, decia el señor Manolito, ¡como yo hago las cosas tan á lo vivo!.....

Ahora bien, insisto en lo que llevo dicho. Si el calderero de Puerta-Cerrada hubiera trabajado en su oficio con tanto primor como el célebre velonero de Sevilla, claro es que habría alcanzado la fama postuma sin otra habilidad que la de hacer calderos; pero no era por este camino donde el destino quiso lanzar á la posteridad la reputacion de nuestro calderero, aunque este hizo buenos calderos y buenas calderas, sin hacer jamás una tan soberbia como aquella de que se trata en el cuento que voy á referir.

Reuniéronse en Madrid dos grandes embusteros, uno gallego y otro andaluz, de los cuales el uno suponía tener estraordinariamente larga la vista, y el otro espantosamente delicado el oído.

—Yo, decia el gallego, veo desde aquí á la mujer del campanero de la catedral de Toledo que está boriando en el tejado de la torre de dicha catedral..... Por cierto, añadió, que se la ha caido la aguja.

—En efecto, contestó el andaluz, yo he sentido el golpe.

Despues de ponderar uno y otro sus gracias personales, pasaron los dos embusteros á encarecer las cosas estraordinarias de sus provincias respectivas.

—En mi tierra, dijo el gallego, hay una col, bajo cuyas hojas puede acuartelarse un ejército como el de Napoleon, sin que á ningún soldado le falte sombra.

—Allá, en Andalucía, respondió el otro, no hay coles tan grandes, pero en cambio las artes han llegado al mas alto grado de esplendor. Ahora mismo se está construyendo en Granada una caldera de tales dimensiones, que trabajan en ella mas de veinte mil hombres, y estan tan separados los unos de los otros, que ninguno alcanza á oír los martillazos del operario mas cercano.



—¿Para qué diablos hacen tan enorme caldera? preguntó el gallego.

—Para cocer la col de tu tierra, contestó el andaluz.

El calderero de Puerta-Cerrada no hacia tan colosales obras, ni pasaba tal vez de ser una medianía en el arte de hacer calderos, pero en cambio.... ¿lo creerán Vds.? Este calderero era un excelente poeta, era tan buen poeta, que aunque vivía en el siglo de Oro de nuestra poesía, esto es, en el reinado de Felipe IV, tenía menos rivales dignos de él en el arte de hacer versos que en el de hacer calderas.

Esto sería incomprendible en Francia, pero es muy natural en España, patria de los poetas, y lo que es mas, de los improvisadores, donde hasta la gente mas ignorante del campo hace versos, y aun buenos versos, sin duda por lo que ayuda á esta facilidad el privilegio de la lengua castellana tan rica de gala y de armonía, en una palabra, tan nutrida de aquellas condiciones que la colocan en primer término entre las lenguas poéticas, aunque por esta misma razon dista mucho de las filosóficas.

Dire entre paréntesis que el pueblo español no es solo poeta por el privilegio de su magnífica lengua, sino por la riqueza de su imaginación y por los sentimientos delicados que germinan por lo comun en los corazones meridionales.

Volvamos al calderero. Este buen hombre tenía tal facilidad para la versificación, y emitía pensamientos tan originales en sus versos, que pronto la fama de su número pasó de la vecindad á otras personas de buena posición social, de estas á Calderon, Lope de Vega, Quevedo y otros grandes poetas de la época, y por último al rey Felipe IV, que como es sabido, era apasionado de las musas.

Contábase en la corte muchas ocurrencias que probaban el talento particular del calderero para la improvisación, ocurrencias que merecían la aprobación del monarca, hombre competente en la materia, porque cultivaba la poesía tambien, y los elogios de los eminentes poetas que brillaron en el reinado y corte de Felipe IV. Decíase entre otras cosas como presentándose en casa del calderero dos vecinos suyos, herrador el uno y cirujano el otro, y habiéndose estos anunciado con estas palabras: «Dos maestros diferentes,» contestó inmediatamente el calderero con esta epigramática redondilla:

¡Tierra! ¿cómo los consientes?

¡Trágalos por una pata!

¡Uno hierra... y otro mata!...

Dos maestros diferentes.

En otra ocasión, hallándose el calderero de broma con varios amigos suyos, bebió tanta limonada, que se embriagó. Para que muchos no se estrañen al oír decir que un hombre se achispó bebiendo limonada, explicaré la diferencia que hay de la limonada al agua de limon, y esta es tan enorme, como que el agua de limon, ello mismo lo dice, es limon con agua, y la limonada es vino con zumo de limon.

Generalmente en los pueblos de Castilla, y lo mismo debia suceder entonces entre los madrileños de humilde condicion, la limonada es el alma de toda broma, y para disponer el paladar á esta bebida de suyo agradable, puesto que se compone de buen vino, limon, azúcar y canela, suelen comer con abundancia pan y queso. Esto es lo que aconteció en la broma á que me refiero. El calderero comió tanto pan y tanto queso, que necesitó remojar á menudo el paladar con limonada, y bebió tanta limonada, que tomó esa cosa conocida en nuestro lengua por todos estos y otros varios nombres que no quiero recordar: borrachera, chispa, lobo, carpanta ó mona.

—¡Válgame Dios! dijo uno de los cómplices de la broma. Ahora es cuando yo quisiera ver brillar la vena poética de nuestro consocio.

—Sí, sí, dijeron los demas. ¡Que improvise! ¡que diga algo bueno!

El calderero habia bebido mucho, pero no habia matado la sed; de manera, que se negó abiertamente á improvisar si no le dejaban comer y beber de nuevo. Esta condicion no fué aceptada por los demas que temían con fundamento causar algun estrago en la salud del calderero si le daban lo que pedia, por lo cual trataron de distraerle nuevamente obligándole á improvisar. Pero el hombre continuaba cada vez mas con su tema, y esto produjo una especie de transacción.

—Está bien, dijo uno de los concurrentes; nosotros te daremos mas tarde lo que pites, pero es necesario que improvises ahora alguna cuarteta.

—Venga un pié, contestó el calderero.

El individuo que habia propuesto la transacción se apresuró á dar como pié para la cuarteta este octosílabo, alusivo á las circunstancias del momento:

Queso, pan y limonada.

El calderero se detuvo un instante á pensar lo que debia decir, y

luego que hilvanó un poco sus ideas, glosó de esta manera el mencionado verso:

Una mona tengo atada,  
Y no la quiero soltar  
Si no me vuelven á dar  
Queso, pan y limonada.

Estas y otras muchas ocurrencias que no han sobrevivido aumentaron hasta tal punto la popularidad del poeta calderero, que el rey Felipe IV quiso conocerle, y mandó á Quevedo que se lo presentase al dia siguiente, como en efecto se verificó, pues Quevedo tenía ya el gusto de conocer al calderero.

Por desgracia en aquellos dias ocurrió la sublevación de Portugal, pérdida de un reino en que el célebre Olivares suponía que el rey ganaba un ducado; se temía de un momento á otro la insurrección de Andalucía; estaban inquietos los ánimos en Cataluña, y todas estas cosas hicieron que el rey no estuviese de bastante buen humor para recibir al calderero. Este se presentó sin embargo acompañado de Quevedo á tiempo que el rey iba á salir de palacio para dar un paseo, de modo que Felipe IV le concedió una corta audiencia, en la cual comprendió bien el monarca que no le habian engañado los que le habian elogiado el número poético del calderero.

—Y bien, dijo el rey, dirigiendo este verso al humilde poeta.

Díceme que viertes perlas.

El calderero contestó sin detenerse:

«Si señor; mas son de cobre,  
Y como las vierte un pobre  
Nadie se baja á cogerlas.»

Como verán mis lectores, la contestación del calderero es algo mas que una respuesta aguda, es toda una obra de filosofía: es una de las réplicas que hubieran bastado á engrandecer á un hombre en los tiempos en que florecia Atenas por la escelencia de sus ingenios. Buenos versos, oportunidad, analogía, elevación de pensamiento, gala de dicción, todo brilla en la respuesta á la par que el orgullo del hombre que no se cree debidamente recompensado por la sociedad en que nace condenado á vivir y morir.

El rey Felipe IV se retiró complaciéndose de la pequeña compensación que daba el destino á su reciente pérdida. La nación en que reinaba tenía un poeta mas y una provincia menos. El poeta es el que no tuvo mas recompensa que la de ver su vanidad lisonjeada por la aprobación del monarca y de otros hombres eminentes; pero ¿qué digo? ¡por ventura no logró con tan pocos versos pasar á la posteridad? Sin duda que sí, pues aunque se ignora su nombre, no se ignora que existió un hombre de mérito, cuyo nombre y apellido ignoramos y á quien por esta razon tenemos que llamar simplemente: el calderero de Puerta-Cerrada.

J. M. VILLER GAS.

## ESPANTO EN MÉJICO.

Méjico, emporio de reyes,  
Ciudad soberbia y famosa,  
Regalo de emperadores,  
Como en nuestro mundo Roma;  
Méjico, la hermosa villa,  
Perla de la indiana zona,  
Cuyas torres son de plata  
Y sus paredes de aljófar;  
Méjico, cuna de bravos,  
Emperatriz cuya pompa  
El brillo del sol desluce,  
La gala del cielo asombra,  
Ora por la vez primera  
De su orgullo se despoja,  
Y tiembla como una esclava  
Envilecida y sin honra.  
A las puertas del palacio  
Donde Motezuma mora,  
Emperador mas valiente  
De cuantos ciñen corona,  
La muchedumbre del pueblo  
Con negra angustia se agolpa,  
Y como emjambre de avispas  
Zumba, chillá y alborota.  
En vano la guardia régia  
Al silencio les exorta,  
Que do la paciencia falta  
El respeto está de sobra.  
Mujeres, viejos y niños



Gritan, se afligen y lloran,  
Mientras los fuertes varones  
Dan rienda suelta á su cólera;  
Porque ha esparcido la fama  
Con los ecos de sus trombas  
De Hernán Cortés y su gente  
Las hazañas y victorias.  
Al cabo á los miradores  
Del régio alcázar asoma  
Un mago que á las estrellas  
Los altos secretos roba,  
Y al verlo el pueblo, su espanto  
Por aquel momento ahoga,  
Y en súbita y honda calma  
Cierra su millon de bocas;  
Bien así como en intervalo  
De tempestad horrorosa,  
Sus alas el viento pliega  
Sobre las dormidas olas.  
—«Mejicanos, dijo el mago,  
Cuando la luz de la aurora  
Con rojas tintas se viste  
Sangre y destruccion denota;  
Cuando el agua de los rios  
Triste murmura á deshora,  
Las perlas que se deslizan  
Son de llanto precursoras.  
Cuando las pintadas aves  
Calladas el aire cortan,  
Es porque espantadas huyen  
De alguna desdicha próxima.  
En fin, cuando las estrellas  
No relucen en la sombra,  
Y por el cielo la luna  
Camina pálida y sola,  
Es porque densos vapores  
Su luz purísima borran.  
¿Lo oís? Pues bien, mejicanos,  
Estas señales se notan  
En ese cielo sin término  
Que os cubre como una bóveda.  
Ancho libro misterioso  
En cuya azolada hoja  
Sus pensamientos los dioses  
Con ricos diamantes bordan.  
No esperéis, pues, bienandanzas,  
Porque ha llegado la hora  
En que negras profecias  
Su negro velo descorran.  
Sabed, valientes guerreros,  
Que han llegado á nuestra costa,  
En alas de la fortuna  
Sobre gigantes canoas,  
Hijos del sol encubierto,  
Bajo nuestra misma forma.  
Su padre les dió los rayos  
Que el Dios de los truenos forja,  
Y cuando airados los lanzan  
Campos y pueblos asolan.  
Por esto á su récio empuje  
Tabasco sus armas postra,  
Y se humillan Zempoala  
Y Quieslaban con su tropa,  
Y los héroes de Tlascala  
Como pájaros se azoran.  
¡Ay de la ciudad invicta!...  
¡Ay de la imperial matrona,  
Si esos dioses orientales  
A su enojo se abandonan!...  
Entonces serán tus torres  
Diamantes que el agua enloda,  
Turbillones de ceniza  
Que el récio huracan arrolla.  
Charcos serán tus lagunas  
Donde caerá gota á gota  
La sangre de esos valientes  
Que en tu recinto atesoras.  
¡Ay de ti, madre de reyes,  
Ciudad soberbia y famosa,

Regalo de emperadores,  
Perla de la indiana zonal  
Si el enojo de tus dioses  
Con harta sangre no borras,  
De las iras celestiales  
Escarnio será tu pompa.»

—  
Calló el mago, y ronco ahullido  
Que el inmenso espacio asorda  
Lanzó la audaz muchedumbre  
Confundida y temblorosa.  
Bien así como el torrente  
Que encuentra la valla rota  
Y por la estensa llanura  
Rebramando se desborda.

ANTONIO HURTADO.

## A LOS LECTORES

DEL

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

El SEMANARIO, cuyo primer número vió la luz pública en Abril de 1836 y de cuya direccion me encargué en Junio de 1846, pasa á otras manos desde 1.º de Enero de 1856.

Diez años, de los 20 que lleva de vida, he tenido la honra de hallarme al frente de esta publicacion, tan apreciada del público, de tan gratos recuerdos para mí, que cuento unidas á sus páginas, dulces impresiones de mis mejores años, alegres reflejos de mi juventud, memorias placenteras de horas tranquilas, que forman el mas grato período de mi vida.

El SEMANARIO fué desde su fundacion mi lectura amena, lo cual vale tanto como decir que ha sido mi mejor amigo, casi desde la niñez: el SEMANARIO dió publicidad á las primeras cuartillas, que lleno de desconfianza y ocultando mi nombre con un pseudónimo, me aventuré á lanzar al público con las misteriosas precauciones del que comete una accion reprehensible: el SEMANARIO fué quien hizo la revelacion de mi oscuro nombre, bautismo literario que tantos y tan penosos esfuerzos cuesta á la juventud: el SEMANARIO, en fin, ha sido la base de una fortuna modesta y laboriosa, el fundamento de un vasto establecimiento literario, que ha procurado con algun éxito propagar la civilizacion, y la fuente de que han brotado otros periódicos que se hallan hoy en pleno goce de las simpatias del público.

La pluma que hace diez años dedicaba una página de esta publicacion á pedir la ayuda necesaria para la noble empresa de restaurar el SEMANARIO, necesita escribir hoy algunas frases, mas penosas en verdad, para trazar una despedida que atestigüe su gratitud al público su cariño á esta publicacion, á la cual se reconoce deudora de la influencia que hoy pueda tener.

Siete años, hasta 1843, contaba el SEMANARIO bajo la direccion de su distinguido fundador el Sr. Mesonero Romanos y mas de 3,000 lectores habian llegado á formar su clientela, cuando este periódico pasó á ser propiedad de otra persona, para sufrir tres traspasos en tres años.



Cuatrocientos sesenta y dos suscritores y un pronóstico de muerte, consignado en la última página del tomo de 1845, eran los elementos que acompañaban al SEMANARIO, cuando el autor de estas líneas recibía el encargo de salvarle, del triste porvenir á que parecía destinado, en vista de los funestos síntomas de muerte próxima que en él se advertían, y de este tristísimo diagnóstico que se leía al final del último volumen:

«Cuando á principios del año que espira», decía la despedida de la anterior empresa «echamos sobre nuestros débiles hombros la pesada carga de prolongar la existencia de un periódico caduco ya, no se nos ocultó la imposibilidad de llevarlo á los primeros años de su vida» y mas adelante «el buen deseo que nunca nos abandonó, nos impulsó á invitar á los antiguos y primitivos fundadores del periódico para que lo estableciesen y animasen con sus respetables firmas. Por razones confidenciales, que no son del caso exponer, se negaron estos señores á complacernos, interin el *Semanario* llevará este título, sin consideracion á empresas, ni á ruegos de amistad». Despues de otras frases igualmente desconsoladoras cerraba este saludo final á los suscritores la siguiente sentencia: «La segunda época de un periódico, es siempre la transición de la juventud á la ancianidad».

Año y medio despues, en Enero de 1848, los 462 suscritores se habían convertido en 5,480; los antiguos colaboradores del Sr. Mesonero, que habían cedido á autores anónimos las columnas del SEMANARIO, le enriquecían con sus escritos y dibujos, y nuestras primeras reputaciones literarias y artísticas, alejadas de este periódico mucho tiempo hacia, le consagraba sus trabajos con tanta ó mas predileccion que en su primera época.

Al público que así premió mis esfuerzos para salvar el SEMANARIO, á los escritores que así respondieron á mi llamamiento, debo esta solemne declaracion de mi profunda y eterna gratitud, por apoyo tan decidido, sin el cual hubieran sido inútiles los ardientes deseos que yo tenía, de devolver su carácter propio, su indole especial á esta publicacion, verdadero monumento de las letras y las artes españolas contemporáneas; enciclopedia especialísima que no reconoce rival en España; archivo de datos importantes que forzosamente ha de consultar todo el que concienzudamente haya de hacer algun estudio sobre nuestro país; una de las pocas obras de nuestros tiempos, que sin otros elementos que los de su propio plan, sin otra proteccion que la del público, está destinada á sobrevivir, á esta época en que tanto se publica, pero que tan poco ha de legar mas allá de nuestros dias.

Seis años he consagrado un trabajo asiduo á la direccion de este periódico y tales como son, seis volúmenes, los de 1847 á 1852, me preció de haber llevado á las bibliotecas de los lectores del SEMANARIO, dignos en mi concepto, de las antiguas tradiciones que de sus mejores tiempos habia dejado ántes de mi época.

Circunstancias que no son del caso, fueron distrayendo mi atencion y rebajando un tanto el interés de este periódico; una larga série de complicadissimos sucesos, alteró la indole de mis tareas y me lanzó de lleno en ocupaciones menos tranquilas y harto mas áridas y penosas que la direccion del SEMANARIO: sus últimos tiempos se han resentido de este cambio en mi vida, debo confesarlo aquí lealmente, y esta es la razon que

me ha determinado á enagenar mi trabajo predilecto, bien que cuidando de confiarle, á quien tenga las condiciones necesarias para enaltecer antes que permitir decaiga esta publicacion tan justamente estimada.

Todas las reúne su nuevo director y propietario el Sr. D. Eduardo Gasset, que como antiguo colaborador del SEMANARIO, tiene en sus páginas buenos precedentes para sus lectores; á él pues queda confiada desde hoy, la continuacion de esta obra, que no tiene fin mientras haya un monumento que sacar del polvo ó salvar de la ruina; un español célebre que levantar de su tumba y que ofrecer como ejemplo, un escritor ambicioso de gloria, que quiere estampar dignamente su nombre, en un periódico donde han consignado el suyo, todas, absolutamente todas las mas altas reputaciones literarias y artísticas que ha tenido España, en los últimos 20 años.

No cerraré estas líneas, sin dedicar una palabra de despedida á la prensa de todos géneros, que en los diez años en que el SEMANARIO ha estado bajo mi esclusiva direccion, solo ha tenido para él elogios, tanto mas gratos para mí, cuanto que ni uno solo ha sido resultado de cierto sistema de escesiva confianza que muchos autores y editores, han llegado á poner en moda en estos últimos tiempos. Por último: lo inofensivo y modesto de mi tarea de diez años, á que pongo fin con estas líneas, no escusa que haga la declaracion solemne de que ahora y siempre, aceptaré la responsabilidad de todos los artículos míos, que anónimos ó suscritos con alguna inicial ó con mi firma, han aparecido en el SEMANARIO durante mi época; ni estorba que manifieste, que en todo tiempo responderá mi corazon con latidos de gratitud, á la benevolencia que he debido á los ilustrados lectores de este periódico y que contaré toda mi vida, como uno de mis mas lisongeros títulos, haber formado 40 tomos del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

Angel Fernandez de los Rios.



FIN DEL TOMO XX.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de D. G. Albarran.